

## EL IMPERIALISMO

Por Manuel Ugarte

La flexibilidad de la acción exterior del imperialismo norteamericano y la diversidad de formas que adopta según las circunstancias, la composición étnica y el estado social de los pueblos sobre los cuales ejerce acción, es, desde el punto de vista puramente ideológico, uno de los fenómenos más significativos de este siglo. Nunca se ha desarrollado en la historia un empuje tan incontrarrestable y tan maravillosamente orquestado como el que vienen desarrollando los Estados Unidos sobre los pueblos que geográfica o políticamente están a su alcance en el sur del Continente o en el confín del mar. Roma aplicó sistemas uniformes. España se obstinó en jactancias y oropeles. Hasta en nuestros propios días, Inglaterra y Francia se esfuerzan por dominar más que por absorber. Sólo los Estados Unidos han sabido modificar el andamiaje de la expansión, de acuerdo con las indicaciones de la época, empleando tácticas diferentes para cada caso y desembarazándose de cuanto pueda ser impedimenta o peso inútil para el logro de sus aspiraciones. Me refiero igualmente a los escrúpulos de ética, que en ciertos casos prohíben el empleo de determinados procedimientos, y a las consideraciones de orgullo, que suelen empujar en otros a las naciones más allá de sus conveniencias. El imperialismo norteamericano ha sabido gobernar siempre sus repugnancias y sus nervios. Hasta el respeto a la bandera ha sido considerado por él, más que como una cuestión de amor propio, como un agente eficaz en la dominación. Unas veces imperioso, otras suave, en ciertos casos aparentemente desinteresado, en otros implacable de avidez, con reflexión de ajedrecista que preve todos los movimientos posibles, con visión vasta que abarca muchos siglos, mejor



informado y más resuelto que nadie, sin arrebatos, sin olvidos, sin sensibilidades, sin miedos, desarrollando una acción mundial donde todo está previsto, el imperialismo norteamericano es el útil más perfecto de dominación que se ha conocido en las épocas.

Añadiendo a lo que llamaremos el legado científico de los imperialismos pasados, las iniciativas nacidas de su inspiración y del medio, la gran nación ha subvertido todos los principios en el orden político como ya los había metamorfoseado dentro del adelanto material. Las mismas potencias europeas resultan ante la diplomacia norteamericana un espadín frente a una browning. En el orden de ideas que nos ocupa, Washington ha modificado todas las perspectivas. Los primeros conquistadores, de mentalidad primaria, se anexaban los habitantes en calidad de esclavos. Los que vinieron después se anexaron los territorios sin los habitantes. Los Estados Unidos han inaugurado el sistema de anexarse las riquezas sin los habitantes y sin los territorios, desdénando las apariencias para llegar al hueso de la dominación sin el peso muerto de extensiones que administrar y muchedumbres que dirigir. Poco les importa el juego interno de la vida de una colectividad, y menos aún la forma externa en que la dominación ha de ejercerse, siempre que el resultado ofrezca el máximum de influencia, beneficios y autoridad, y el mínimum de riesgos, compromisos y preocupaciones.

Así ha surgido una variedad infinita de formas y de matices en las zonas de influencia. Lejos de aplicar un clisé o de universalizar una receta, el imperialismo nuevo ha fundamentado un diagnóstico especial para cada caso, teniendo en cuenta la extensión de la zona, su ubicación geográfica, densidad de la población, origen, clasificación étnica dominante, grado de civilización, costumbres, vecindades, cuanto puede favorecer u obstacu-

lizar la resistencia, cuanto debe aconsejar la asimilación o el alejamiento por afinidades o disidencias de raza, cuanto cabe inducir para las contingencias futuras. Las razones superiores de fuerza y de salud activa que encauzan la energía expansionista, velan, ante todo, por la pureza racial del núcleo y rechazan todo aporte que no coincida con él. Anexar pueblos es modificar la composición de la propia sangre, y el invasor, que no aspira a diluirse, sino a perpetuarse, evita cuanto pueda alterar o adormecer la superioridad que se atribuye.

El imperialismo hubiera podido, sin esfuerzo, duplicar o triplicar en los últimos años la extensión oficial de sus territorios, pero ha comprendido el peligro de añadir a su conjunto grandes masas de otro origen. La ocupación integral de pequeñas extensiones habitadas por población blanca poco densa no ofrece dificultades; pero la conquista de vastas zonas de carácter refractario entraña peligros que no escapan a la perspicacia más elemental. De aquí la solución oportunista de reinar sin corona, bajo la sombra de otras banderas que el determinismo de las realidades acaba por hacer ilusorias.

La acción que se hace sentir en forma de presiones financieras, tutela internacional y fiscalización política, concede todas las ventajas sin riesgo alguno. Es en el desarrollo de esta táctica donde ha evidenciado el imperialismo la incomparable destreza que sus mismas víctimas admiran. En el orden financiero tiende a acaparar los mercados con exclusión de toda competencia, a erigirse en regulador de una producción, a la cual pone precio, y a inducir a las pequeñas naciones a contraer deudas que crean después conflictos, dan lugar a reclamaciones y preparan ingerencias propicias a la extensión de la soberanía virtual. En el orden exterior se erige en defensor de esos pueblos, obligando al mundo a aceptar su intervención para tratar con ellos y arrastrando-

los en forma de satélites dentro de la curva de su rotación. En el orden interno propicia la difusión de cuanto acrece su prestigio, ayuda las ambiciones de los hombres que favorecen su influencia y obstaculiza toda irradiación divergente, cerrando el paso de una manera perentoria a cuantos, más avisados o más patriotas, tratan de mantener incólume la nacionalidad.

Es en esta última zona de acción donde mejor podemos observar la maestría del imperialismo. La sutil intrusión en los asuntos privados de cada pueblo ha invocado siempre, como es clásico, la paz, el progreso, la civilización y la cultura; pero sus móviles, procedimientos y resultados han sido a menudo la completa negación de esas premisas.

Claro está que el punto de partida y la base para apoyar la palanca está en la interminable efervescencia política de nuestros pueblos. Pero el partido que se ha sacado de esta circunstancia es tan prodigioso, que parece inverosímil. Por la virtud del choque de los bandos, por el peso de la ambición de los hombres, aprovechando la inestabilidad de los Gobiernos, en democracias levantiscas e impresionables, se ha creado dentro de cada país un poder superior, unas veces oculto, otras ostensible, que baraja, enreda, combina, teje y desteje los acontecimientos, propiciando las soluciones favorables para sus intereses. Aquí fomenta las tiranías, allá apoya las intenciones revolucionarias, erigiéndose siempre en conciliador o en árbitro, y empujando infatigablemente los acontecimientos hacia los dos fines que se propone: el primero, de orden moral, acrecentar la anarquía para fomentar el desprestigio del país, justificando intervenciones, y el segundo, de orden político, desembarazarse de los mandatarios reacios a la influencia dominadora, hasta encontrar el hombre débil, o de pocas luces, que por inexperiencia o apresuramiento será el auxiliar de la dominación.

Los ambiciosos saben que el ideal del imperialismo consiste en gobernar por manos ajenas, dentro de una prescindencia panorámica, y más de uno ha burlado esos cálculos haciéndose pequeño en la oposición para llegar con apoyo hasta el Poder. Pero aun con la táctica de Sixto V, consintiendo primero para resistir más tarde, se contribuye al resultado doloroso, porque se abre la puerta a un escalonamiento de acciones análogas, que si no dan directamente al imperialismo lo que apetece, prolongan la efervescencia y el desorden, agotando las fuerzas nacionales y creando por su misma multiplicación endémica el ambiente propicio para que sea al fin irremediable la sumisión.

El mayor triunfo del sistema ha consistido en erigirse en factor de éxito dentro de nuestra propia vida. Fuente de recursos dentro de la pugna ciudadana, dispensador de reconocimientos dentro de la existencia oficial, ha empujado, no sólo a los impacientes, sino a los más incorruptibles y a los más íntegros, hasta los límites extremos de lo que se puede consentir sin abdicar. De esta suerte se ha ido creando subconscientemente, en los países «trabajados», un estado de espíritu especial, que admite, dentro de las luchas ciudadanas, la colaboración de fuerzas que no nacen del propio medio y hace entrar en todo acto o propósito nacional una partícula de la vida y del interés extraño.

De aquí el fenómeno de que en un Continente sobre el cual pesa una presión extranjera sin precedentes en la historia, sean tan raros los hombres que se pronuncian abiertamente contra ella. Unos, porque aspiran ante todo el éxito; otros, porque imaginan ser hábiles disimulando su sentir; todos parecen tolerar o ignorar la fuerza secreta que se hace presente a todas horas. Nadie habla, salvo contadísimas excepciones, de inclinarse. Pero en la dosificación de las complacencias, hay un

teclado para la maestría del invasor que apoya naturalmente sobre las notas más gratas a su oído, desplazando insensiblemente las octavas hacia el campo de su predilección. No digo que se abra así una especie de subasta para entregar el Poder a quien más concede. La altivez de nuestros pueblos no lo consentiría. Pero no se ha presentado aún en nuestras repúblicas el caso de que un hombre sindicado como adversario del imperialismo llegue a la Presidencia. Los mismos que se han elevado con el beneplácito de Washington, ruedan así que asoma una veleidad de resistir. El eje de la política no está ya, pues, entre los que atacan y los que se inclinan, sino en el grado de la inclinación y en la intensidad del acatamiento. Así se ha improvisado más de una vez la popularidad y el auge de figuras secundarias que no parecían hechas para gobernar pueblos. Y así han sido sacrificados buenos políticos, que constituían un peligro por su perspicacia y su capacidad. La divisa de Metternich en uno de los grandes momentos de Austria («hañ que ayudar en Francia las ambiciones de X, porque X es muy torpe y con él estamos tranquilos»), ha tenido aplicación más de una vez en la política americana. La malicia nativa, que suple a veces el talento, se ha encargado de hacer fracasar algunos de esos cálculos atrevidos. Pero la consigna general ha sido empujar a los menos capaces, más que por las concesiones que de ellos se pueden arrancar, por los errores que ellos solos cometen, sin incitación de nadie.

Los que se oponen a esa política, desde el Gobierno, aunque sea en la forma más comedida y diplomática, ven surgir, según los casos, en la frontera o en las cercanías de las capitales, la nube hostil que en poco tiempo los barrerá de las alturas. Aunque la insurrección sólo cuente al principio con escasos partidarios, se inflará rápidamente, porque recibirá todos los elemen-

tos útiles, y aunque el Gobierno disponga de fuerza y popularidad para dominar el desorden, nunca podrá conseguirlo, porque en último caso, argumentando la necesidad de defender propiedades o de impedir matanzas, intervendrán ministros y desembarcarán tropas extranjeras. A pesar de los intereses divergentes de Francia, España e Inglaterra, el cuerpo diplomático en nuestros países es una serie de vagones de lujo encabezados por una locomotora que lleva bandera norteamericana. Por otra parte, el mundo sólo sabrá de las cosas de América lo que quieran decir los Estados Unidos, porque ellos son los que imponen a la opinión universal el dominio de sus cables. Abandonado por sus mismos partidarios, el mandatario que se obstina en resistir será bloqueado en sus abastecimientos, movimientos y palabras. Así se explica la rapidez de ciertas caídas, en países donde antes duraban las guerras civiles largos años, y así se comprende, aunque no se justifique, lo que podríamos llamar el terror oficial.

Más fulminante aún es el proceso cuando la resistencia nace de los particulares, sean éstos comerciantes, militares o escritores. Al soplo de un viento nuevo, las amistades se disgregan, las oportunidades se desvanecen, la atmósfera se rarifica. Nada asoma a la superficie, pero parece que un anatema cae sobre las cabezas. El comerciante ve limitado su crédito, el militar comprometida su carrera, el escritor disminuido su prestigio. Poco importa que antes de haber tomado posición en el asunto, el comerciante fuera solicitado por los Bancos, el militar ensalzado por su ciencia, el escritor respetado por sus obras. La simple enunciación de una idea divergente, cierra el paso al porvenir. Y menos mal cuando esta acción subterránea se limita a detener el crecimiento de una fuerza. Suele ocurrir que, por causas ocasionales, que nada tienen que ver aparentemente

con la opinión vertida, el comerciante se arruina y va a la cárcel, el militar pierde su carrera y se expatria, el escritor es acusado de las peores bajezas. Y así se explica el revuelo oportunista de los que, arrebatados por la corriente, tratan de conciliar su patriotismo con Monroe.

(De *Revista de las Españas*).

---

## El Apocalipsis en el arte antiguo cristiano y en el de la Alta Edad Media

Por el doctor Wilhelm Neuss, Profesor de la Universidad de Bonn.

Hasta ahora no ha sido estudiado suficientemente el papel que ha desempeñado el Apocalipsis de San Juan en el Arte cristiano antiguo y en el de la Alta Edad Media. Se conocen, seguramente, las obras antiguas cristianas del arte mayor, especialmente mosaicos, en los que se han utilizado asuntos apocalípticos; pero pronto se echa de ver que se trata de un corto número de asuntos aislados que se repiten siempre. Si se sigue la historia de la interpretación teológica e ilustrada del Apocalipsis en la antigüedad cristiana, se ve cómo la concepción realista, primitivamente dominante, y con ella el interés general por todo el libro, ceden en favor de una interpretación más espiritualista, con lo cual una gran parte del contenido de aquél pasa a segundo término y, como partes siempre interesantes y uniformemente interpretadas, quedan sólo las visiones de Dios, como visiones de la majestad y divinidad de Jesucristo, junto con algunos rasgos de las visiones del cielo, relacionados con la visión de Dios, tales como los Ancianos con sus coronas, el Cordero sobre la montaña de Sión, etc. Estas escenas son las que aparecen asimismo

